

En Oliver Frade, José M. y Relancio Menéndez, Alberto, Eds., *El descubrimiento científico de las Islas Canarias, La Orotava, Fundación Canaria Orotava de Historia de la Ciencia, 2007, pp. 227-237*

***Curiosidades, especímenes, souvenirs:
Las momias como objetos-viajeros en el tráfico Canarias-Europa***

Fernando Estévez González
Universidad de La Laguna

En sintonía con el hecho de que el turismo, y por lo tanto el viaje, es una de las prácticas sociales más extendidas de las sociedades contemporáneas, la literatura de viajes no ha hecho sino expandirse en el sector del consumo cultural, desde la continuada reedición de “viajes célebres” a los muy populares viajes de ficción. Herederos, es cierto, de una larga tradición en la historia de la literatura, más recientemente este ya muy reconocido género literario se ha visto renovado por los enfoques desconstruccionistas en la crítica literaria y en la filología, pero también en todas las disciplinas de las ciencias sociales y las humanidades.

En este contexto, y dado que en buena medida los viajes –desde la perspectiva de Occidente- se han realizado buscando al “Otro”, real o imaginado, la antropología ha estado particularmente atravesada con las distintas modalidades del viaje. De tal modo que, desde los viajes de conquista, de descubrimiento, de exploración, hasta el viaje turístico, la antropología siempre ha estado vinculada a todas las diferentes culturas viajeras, desde las primeras de legitimación de la expansión ultramarina hasta las más recientes ligadas a las críticas poscoloniales.

Si embargo, en su gran mayoría, los estudios dedicados a los relatos de viajes, sean estos científicos o turísticos, el énfasis se coloca en la propia figura del viajero, en sus ideas y en la matriz sociocultural en la se inserta. Pero aunque en alguna ocasión aparecen reseñadas las pertenencias y adquisiciones del viajero, y se hayan realizado trabajos dedicados a la instrumentación para el caso de los viajes científicos y de exploración, la ausencia de los objetos de los viajeros destaca frente toda suerte de detalles sobre sus motivaciones

y vicisitudes. Pero los viajeros no viajan solos; traen y se llevan objetos. Pese a su obviedad, decir esto no equivale a la constatación de una evidencia; significa no perder de vista la radical importancia del hecho de que es imposible viajar sin objetos. El viaje, en la misma medida que cualquier otro aspecto de la vida social, es impensable sin la presencia activa de cosas y artefactos. Aunque es muy recurrente la imagen del viaje como liberación de las cargas de la vida y gustamos de viajar “ligeros de equipaje”, no hay viajero sin maleta.

Pero los objetos del viajero cumplen, además de hacer posible el viaje, una primordial función de verificación. ¿Cómo demostrar que se estuvo allí? ¿Cómo demostrar que efectivamente el viaje fue real, que no fue una ficción? Regresando con una prueba material, con algo tangible: un objeto, una planta, una foto, una postal, un souvenir. Esta práctica ha sido una constante en la cultura europea del viaje, desde el comienzo de la expansión colonial hasta el turismo contemporáneo. Los trofeos de conquista, las curiosidades naturales y etnográficas y los souvenirs turísticos son ciertamente distintos en naturaleza, pero todos constituyen pruebas de que alguien culminó un viaje. No obstante, la omisión de los objetos de los viajeros no es una particularidad de los estudios sobre la literatura de viajes. Al contrario, es el resultado del generalizado olvido de la cultura material y del desdén que se ha dispensado al mundo de las cosas en buena parte de las ciencias sociales y las humanidades.

En contra de esta tendencia, desarrollos recientes en terrenos tan alejados como los estudios de cultura material, museología, teoría del consumo y estudios de ciencia y tecnología, han propiciado nuevos enfoques sobre la naturaleza de los objetos y artefactos, su papel en el desenvolvimiento de las relaciones sociales, superando la tradicional concepción de las cosas como inertes o, en el mejor de los casos, como condicionantes de las prácticas sociales. En otros términos, las cosas tienen vida social y no son meros correlatos materiales de las ideas de la gente. En el mundo de viaje, por tanto, no sólo viaja el viajero sino los objetos y en función de éstos tendremos diferentes tipos de viajeros y distintos tipos de viajes. Desde estas nuevas perspectivas, lo que traían y se llevaban los viajeros ha comenzado a ser analizado como un aspecto central de los procesos de exotización, apropiación cultural y dominación que caracterizaron a la expansión colonial europea.

[Foto "Momias del Museo Canario"]

Pero hay, ciertamente, muchos tipos de viajeros. Y una de las categorizaciones más socorrida es la de establecer una clara dicotomía entre los que viajan por motivos científicos y los que viajan por ocio. De esta dicotomía siempre ha resultado que los viajeros científicos son vistos como personajes interesantes y dignos de estudio, mientras que a los otros, los turistas, generalmente se les presenta como seres anodinos de los que no vale la pena indagar en sus motivaciones y comportamientos. Como resultado de esta radical distinción, los correlatos materiales de unos y otros, esto es, las colecciones científicas de objetos recolectados en las expediciones y los souvenirs adquiridos por los turistas, son presentados

como dos clases de objetos sustancialmente diferentes. Pero es difícil de mantener una clara línea divisoria entre ambos ya que, de hecho, remiten a los mismos tipos de narrativas y retóricas del viaje y de apropiación cultural. Así, los objetos recolectados en las expediciones científicas –que responden a los presupuestos teóricos e ideológicos de los científicos- son también souvenirs de viaje, mientras que los souvenirs -detrás de su aparente banalidad- encarnan las proyecciones políticas, ideológicas y estéticas de la cultura del turista.

Especímenes científicos y souvenirs turísticos conforman un continuum, reflejando ambos más la cultura de quienes los recolectaron o los adquirieron que los lugares y las gentes a las que pertenecieron o representan. Es significativo que el museo y sus colecciones hayan servido en la modernidad para legitimar la frontera entre recolección científica de lugares y culturas exóticas y los

[Foto "Cráneo tipo guanche del Museo Canario]

banales souvenirs que los turistas adquieren en esos lugares y de esas culturas. Esto es más que notorio en las colecciones de los museos de historia natural y los etnográficos creados, precisamente, al calor de esa obsesión por demostrar el viaje con pruebas tangibles de la estancia en otros lugares. Los especímenes “auténticos” de otros lugares y culturas están custodiados en los museos, presentados como resultado de la recolección concienzuda y sistemática inspirada en criterios de clasificación científicos. Son los que los turistas van a ver. Por el contrario, los souvenirs que representan esos otros lugares y culturas, o que son réplicas de los “auténticos” conservados en los museos, son las baratijas compradas por los turistas para demostrar el mismo fin: haber estado allí. Pero esto no ha hecho sino santificar la histórica distinción entre alta y baja cultura que caracterizó la Modernidad.

Sin embargo, el análisis de las propias narrativas de los museos permite una visión más reflexiva sobre las funciones que han desempeñado las colecciones de museos en la conformación de la cultura moderna y, en consecuencia, en las culturas del turista. Aquí, lógicamente, los más relevantes son los fondos y colecciones de los museos de historia natural y etnográficos, que son los que tradicionalmente se han nutrido de los especímenes de plantas y animales de lugares remotos y de todo tipo de objetos de los pueblos no europeos. Estudios recientes muestran cómo una elevada proporción sus fondos proceden de adquisiciones realizadas por aficionados, sin que respondieran a proyectos de investigación y de recolección sistemáticos. Muestran asimismo que la mayoría de las colecciones de estos museos nunca han sido estudiadas. Más rigurosamente, George Stocking presentó hace ya algunos años, una sólida y perspicaz aproximación a la naturaleza de los objetos en los museos etnográficos que es muy pertinente para una adecuada contextualización de los objetos viajeros. La obvia realidad, pero no tenida en cuenta, de que los objetos de estos museos son, por lo general, tridimensionales obliga de entrada a considerar que las expografías de estos objetos son muy diferentes a las de los objetos de los museos de arte, generalmente bidimensionales. Pero junto a esto, no se puede soslayar que esos objetos han desempeñado un papel central en la construcción de la moderna cultura occidental.

En primer lugar, los objetos de esas colecciones son objetos históricos. Fueron elaborados y utilizados en algún particular periodo por determinadas gentes. Sin embargo son presentados como ahistóricos, sin datación, sin autoría, dimensiones que son, justamente, las que otorgan historicidad a los objetos de los europeos, que hacen que los objetos de los pueblos europeos pertenezcan a la historia, tengan historia, mientras que los de los otros quedan fuera de ella, en la prehistoria. En segundo lugar, expresan relaciones de poder. Al recolocarlos en los museos, al descontextualizarlos espacial y temporalmente, los objetos obtenidos mediante expropiación o saqueo, no son en el fondo sino una manifestación del poder de los colectores y, finalmente, de los conservadores de los museos. En tercer lugar, expresan riqueza; las colecciones de esos museos han sido desde sus inicios una muestra del patrimonio nacional, de la propiedad cultural de los países que los poseen y no de la de los que proceden. Por último, los objetos de estos museos han sufrido un proceso de estetificación debido a la universalización de los patrones del arte occidentales y a la recontextualización de la producción de la cultura material tradicional. Los objetos de otras culturas fueron así reespiritualizados, en los términos de Occidente, en objetos de arte. Un proceso por el que, finalmente, el arte no occidental se convierte en artesanía, la música en folklore y la política en costumbre.

Canarias, uno de los principales enclaves turísticos internacionales es también, en consonancia, un relevante referente en la literatura de viajes, esto es, un lugar de encuentro, una privilegiada zona de contacto para todo tipo de culturas viajeras y, por tanto, para el trasiego de objetos viajeros. Por una parte, históricamente fue un territorio en el que han recalado un sinfín de empresas científicas, tanto tomando a las Islas como destino principal como considerándola una etapa en expediciones mayores. Por otra, desde los inicios en el siglo XIX, las islas se han mantenido como un enclave internacional de primer orden dentro de la industria turística. Siendo así, en el cruce de todas esas culturas viajeras en Canarias se pueden encontrar muchos ejemplos de esa no discontinuidad, de la imposible separación radical entre la recolección de especímenes de colección científica y el souvenir. O lo que es lo mismo, la tenue diferencia entre el viajero científico y el turista. Uno y otro forman parte de un mismo proceso de retroalimentación: el viajero científico puede ser visto como

un turista que colecciona un particular tipo de souvenir animado, aunque menos de lo que se cree generalmente, por un criterio de recolección sistemático, y el turista como un viajero que adquiere souvenir mediatizado en buena medida por los estereotipos y arquetipos elaborados por los científicos. [Lámina de la obra de Sabin Berthelot *Antiquités canariennes*]

No es posible analizar aquí siquiera una muestra del tráfico de objetos viajeros ni, por supuesto, de sus particulares biografías. Desde los grabados de los naturalistas a la postal turística, o desde los productos artesanos a los souvenirs de manufactura industrial, la variedad de la cultura material asociada al viaje en la historia de Canarias es enorme y cuya taxonomía es potencialmente ilimitada. Pero hay un tipo de objetos viajeros –los restos humanos- que, precisamente por su no consideración como tales, proporcionan un rico y complejo escenario de la liminalidad entre las curiosidades, especímenes y souvenirs en la historia de las culturas viajeras de Canarias.

Los restos humanos de los aborígenes canarios representan, por antonomasia, a toda la variedad de objetos arqueológicos y etnográficos que tanto han apasionado a exploradores, científicos y turistas. Los restos de los aborígenes, y de modo particularmente significativo, las momias, han sido los “objetos” más valorados como especímenes de colección y de los que más han servido de vehículos de la fascinación de los viajeros. De tal modo que las momias guanches han respondido a muy diferentes propósitos en distintas épocas: como remedios medicinales, rarezas y curiosidades, ejemplares antropológicos, evidencias científicas, piezas de museo... Las momias guanches, repartidas por muchos museos de Europa y América y en un indeterminado número de colecciones privadas han sido sucesiva o simultáneamente trofeos de conquista colonial, remedio medi-

cinal, regalo, espécimen. En definitiva, uno de los grandes souvenirs de Canarias. Toda esa larga historia de las momias guanches como objeto viajero pudiera quizá sintetizarse, para apreciar rápidamente esa inseparable asociación entre el viajero –con sus motivaciones y aspiraciones- y sus objetos. Tres personajes, Sabino Berthelot, Gregorio Chil y Naranjo y Ricardo Melchior Navarro, bien alejados históricamente, tienen sin embargo un nexo de unión a través de los restos guanches –especialmente las momias-, en tanto que objetos viajeros.

Berthelot., el naturalista y agente francés, que ya se había adelantado introduciendo la radiología en Canarias, envió a Armand de Quatrefages, en 1873, reseñado por el mismo en sus “Antigüedades de las Islas Canarias”, una “caja que contenía, junto con otros objetos antiguos: “(nº1 Un cráneo parecido a los que se encuentran comúnmente en las antiguas cuevas sepulcrales. (nº2) Otro con una gran herida cicatrizada. (nº3) Otro momificado en parte, con las mandíbulas y vértebras del cuello. (4º) Dos piernas (de mujer quizás) momificadas. Estas cuatro piezas procedían de una cueva explorada hace unos veinte años, que todavía está llena de osamentas, está situada en el barranco del agua de Dios, cerca de Tegueste, en Tenerife. (nº5) Un cráneo extraído de un túmulo de la Isleta (Gran Canaria). (nº6) Otro de la cueva de los Huesos, cerca de Tafira (Gran Canaria). (nº7) Dos fémures de la misma cueva. (nº 8 y nº 9) Dos cráneos, uno de ellos con sus mandíbulas, cueva del barranco de Guayadeque (Gran Canaria). nº 10, 11 y 12) Tres cráneos de la cueva de Los Letreros (Isla de Hierro)”.

El objetivo de este envío fue el de proporcionar a los antropólogos franceses material antropológico para corroborar la hipótesis de la difusión del hombre de Cro-Magnon. Pero a lo que es relevante aquí, todo ese material nunca regresó a Canarias y los restos momificados quizás formaron parte posteriormente de las colecciones del Museo del Hombre de París.

Por su parte, Chil y Naranjo, el fundador y primer director de El Museo Canario, aunque compartiendo con Berthelot sus presupuestos radiológicos –y por tanto racistas- llevó también objetos de los aborígenes canarios, incluyendo material antropológico, en esta ocasión a la Exposición Universal de París. Y aunque los presentó dentro del pabellón francés –para

disgusto de las autoridades españolas- lo hizo con la intención de mostrar la relevancia de esos materiales como muestra de los nobles ancestros de los canarios cuya historia –nacional- estaba empeñado en elaborar. En ese objetivo, Chil y Naranjo regresó con los restos aborígenes y los colocó de nuevo en las vitrinas de El Museo Canario, para que fueran apreciados, en las islas, por locales y extranjeros.

[Foto de Gregorio Chil y Naranjo]

Ha pasado mucho tiempo entre la época en la que Berthelot rapiñaba huesos, cráneos y momias para bien de la ciencia y Chil y Naranjo exhibía los restos guanches para bien de la nación canaria, y la actualidad, donde las políticas de restitución cultural han ganado mucha ascendencia social y política, y en la que se exige la devolución de los patrimonios culturales robados o indebidamente apropiados por coleccionistas y museos de todo el mundo. En este nuevo contexto se inscribe la iniciativa del Cabildo Insular de Tenerife para que una momia guancho conservada en el Museo Etnológico Nacional de Madrid sea trasladada a Tenerife. La momia, que ha tenido diferentes emplazamientos en función de su consideración como curiosidad o como espécimen antropológico, fue llevada a Madrid como regalo a Carlos III. Esta proposición es considerada por las autoridades insulares como la devolución de un objeto de singular valor histórico a su lugar de origen. De tal forma que, al margen de consideraciones jurídicas, la iniciativa encabezada por el Presidente de Cabildo de Tenerife, Ricardo Melchior, persigue que la momia emprenda un viaje de regreso, en tanto ya no debe ser considerada un objeto viajero. Pero este viaje de vuelta se inscribe en un marco ciertamente más complejo.

[Foto “Dos momias guanches”]

No se puede perder de vista que las actuales políticas de restitución cultural coinciden en el tiempo con la crítica radical, no sólo a las formas de apropiación cultural, sino sobre todo a las formas de representación de las otras culturas en los museos occidentales. En un mundo multicultural, multiétnico, los museos occidentales están “levantando” todas las viejas exposiciones y renunciando a autootorgarse el derecho de representar a los “otros”. El resultado, provisional, es la retirada progresiva de las colecciones etnográficas y su recontextualización selectiva de sólo aquellos objetos que, desde la perspectiva occidental, tienen una dimensión estética. La reciente creación del museo del Quai Branly en París, que sólo alberga los objetos de artes de las antiguas colecciones del Museo del Hombre, es quizás la más genuina expresión de esta tendencia. Así que, hoy, los millones de objetos de las culturas de todo el mundo atesorados en los museos se han convertido en una fastidiosa carga, tras el largo periodo moderno en que fueran la expresión del dominio, la riqueza y el patrimonio de las metrópolis coloniales y sirvieran para el disfrute de su público. Son, más que nunca, objetos muertos. No es casual entonces que sea ahora y no hace unas décadas, cuando las demandas de restitución del patrimonio cultural –no artístico- sean acogidas con más simpatía y más rápidamente atendidas.

Así que la momia viajó a la ida como souvenir colonial y, de vuelta, regresa como símbolo identitario. Se fue llevándose la diferencia, lo exótico y volverá, para utilizar una expresión de Arjun Appadurai, como una “repatriación de la

diferencia”, como un vehículo para propia autoexotización de los canarios. Las momias guanches han estado expuestas en los museos de Europa y América como una muestra de lo exótico de Canarias; pero ya no se las podrá seguir viendo en esos museos, que han renunciado a presentar lo exótico. Por el contrario, serán los museos canarios los que, paradójicamente, expongan las momias para mostrar que a los turistas que, efectivamente, somos exóticos.

Son, entonces, las momias –esos objetos viajeros- las que nos permiten asociar a Berthelot un naturalista y agente colonial francés; a Chil y Naranjo, un prócer de la moderna nación canaria y a Ricardo Melchior, un político nacionalista en la Posmodernidad. El primero se lleva las momias, el segundo las lleva y la trae y el tercero las pretende traer. Entonces, estas momias no son precisamente objetos inertes. Convertidas en especímenes científicos después de ser consideradas meras curiosidades, luego encarnación de los orígenes y más tarde símbolo de identidad, las momias tienen agencia, esto es, no sólo las usamos para conseguir nuestros propósitos, sino que al usarlas como objetos distintos ellas nos constituyen como sujetos diferentes.

Selección bibliográfica.

Berthelot, Sabino

1980 *Antigüedades canarias*. Santa Cruz de Tenerife: Goya Ediciones.

Clifford, James

1999 *Itinerarios Transculturales*. Barcelona: Gedisa.

Stocking, George W., Jr

1985 *Objects and Others: Essays on Museums and Material Culture*. Madison: The University of Wisconsin Press.

Urry, John, and Chris Rojek Eds.

1997 *Touring Cultures: Transformations of Travel and Theory*. London: Routledge.

VV.AA.

1992 *Momias. Los secretos del pasado*. Santa Cruz e Tenerife: Museo Arqueológico y Etnográfico de Tenerife. OAMC, Cabildo de Tenerife.

